

Seminario de traducción latina

Carolina Ponce Hernández, coord.

Catulo (Primera parte)

Porque cada generación debe tener su propia visión de los clásicos, quiero tener mi propia visión de Catulo, formada de fragmentos de las miradas anteriores, enriquecida con aquellos trozos de los que ahora escriben sobre él y, sobre todo, construida con la obra del poeta que es como un conjunto de piedras que debo unir con la mezcla de mi poca capacidad, pero también de la mucha emoción que me provoca.

Cuando he leído algo que alguien ha escrito en torno al poeta, me pareció más bien una proyección personal del estudioso sobre el estudiado, pero donde el resultado, como quiasmo, acabó cruzado y a la inversa, ya que el creador antiguo apareció más actual, más joven, más fresco, y el reciente empezó a apergaminarse y oscurecerse.

Comprendo que al tratar un poeta que nos gusta casi es imposible separar nuestro "yo", con toda su complejidad, del poeta en su conjunto y del "yo" del poeta que queremos reconstruir en nuestro estudio o investigación. Tal vez por eso precisamente nos gusta, pero la identificación puede ser peligrosa y debemos cuidarla a fin de saber cuánto corresponde a la verdad o por lo menos a una hipótesis sostenible y cuándo nos conduce a caer en falacias.

El primer caso, debemos entender la cercanía de nosotros o de nuestro mundo y debemos hacerla consciente al punto de evidenciarla si es necesario para que los demás puedan aceptarla o rebatirla. No así que la encubramos con la fría apariencia de los datos obtenidos en la búsqueda intelectual porque ello nos llevaría a presentar una imagen falsa o deformada.

En el camino, para mi visión de Catulo, puedo resbalar; de antemano afirmo que la objetividad no es uno de mis fines aunque me sirva a menudo para volver a la vía correcta y no extraviarme; pero esto será más bien un intento para que un sujeto entienda, comprenda, analice y compare a otro sujeto. Es el juego de siempre entre el lector o el estudioso y el creador o estudiado, quizá para que el primero supla la labor creativa con la interpretativa (Jacopo Belbo de Eco).

Hay una serie de conceptos y de frases hechas que se ofrecen a mi imaginación como pinceladas impresionistas para pintarme un cuadro que refleja en esbozo algunas características del ambiente y del mundo del poeta, una de ellas es la *juventus aurea*, o sea, la juventud dorada.

Aquella juventud dorada a la que perteneció Catulo, porque él siempre fue y será un poeta joven tanto por sus obras como por su vida y su muerte alrededor de los treinta y tres años; aquella juventud dorada, repito, es toda una imagen que resume una forma de vida y una actitud frente al mundo. Dorada además porque estaba en el círculo dorado de una Roma que conquistaba a los pueblos de la cuenca del Mediterráneo hacia la mitad del s. I a. n. e., mientras era carcomida por el cáncer de una República corrupta con instituciones anacrónicas. En medio de esos elementos que lógicamente generan la contradicción superlativa representada por el binomio: dominio de amplísimos territorios que mandaban sus riquezas a Roma por un lado, y, por el otro, una furiosa lucha de clases, partidos y hombres; la contradicción también florece inconscientemente en el joven, quien, no obstante pertenecer a una importante familia cuyos antepasados son afamados y gloriosos, da vuelta a la cara y prefiere dedicarse a otros fines: la creación de poesía lírica y los placeres del mundo.

Sin embargo, no puedo dejar de afirmar que la duda, la lucha interna para poder dedicarse a lo que él quería, no aparece ni como tema fundamental de sus poemas, ni siquiera como secundario, sólo alguna referencia aislada y débil que podría interpretarse desde distintos ángulos, así cuando escribe:

[...] varias conversaciones, entre las cuales cómo está Bitinia,¹ de qué modo se estuviera, si con algo de dinero me había aprovechado. Respondí aquello que sucedía: nada en verdad... (poema x).

Pero, me atrevo a preguntarme si no pensó Catulo alguna vez en si debía o no seguir la carrera política y/o la de las armas, que eran los dos conductos más importantes de movilidad social y económica en su mundo.

Si fue así de todos modos no lo consideró tema digno de sus poemas que como él dice sólo cantan tonterías: "... yā que tú solías valorar en algo mis tonterías (poema 1)...", y no las reflexiones importantes de la historia porque el hombre que es él, anticipando a Horacio, sólo vive al momento presente o quizá el de ayer o la semana pasada, pero el otro tiempo, el histórico, se queda para Cornelio Nepote o para Cicerón o para el joven serio que es Catón al que invita a refr:

¹ Bitinia: posesión romana.

(Cornelio)... Tú entonces osaste, único de los itálos, explicar todo el tiempo en tres obras... (poema I).

(Cicerón)... Oh disertísimo descendiente de Rómulo, Marco Tulio,... Tú, óptimo patrón de todos (poema XLIX).

(Catón)... Oh cosa ridícula, Catón, y jocosa y digna de tus oídos y de tu risa (poema LVI).

Es probable que algunos jóvenes en las mismas condiciones, hijos de familias ricas e importantes, pero más deseosos de sacarle jugo a la vida que de adquirir responsabilidades, siguieran el doble juego de trabajar en los corruptos vericuetos del mundo político y también de hacer una vida social más que agitada, como lo demuestra el caso de Celio,² su amigo, o de Claudio Pulcher.³ Pero estos jóvenes políticos están muy lejos de la gravedad (*gravitas*), la severidad (*severitas*), el valor (*virtus*) y, en fin, de todo lo que se englobaba con la frase de "las costumbres de los antepasados" (*mores maiorum*), una forma de vida basada en la sobriedad, la ausencia de lujos, las responsabilidades y los derechos políticos perfectamente marcados. Todo lo cual era causa de orgullo para los romanos y era una granero ideológico del que extraían los frutos de su hegemonía sobre el mundo. Mas si esta juventud dorada fue capaz de criticar esa hegemonía al no prestarse a ser un nuevo engrane del aparato militar y político, tampoco fue capaz de trascender con mejores posturas y su única solución fue la técnica del avestruz, encerrarse en su pequeño círculo y, haciendo a un lado las preocupaciones de Roma, gozar de Roma y con Roma. El resultado nos los da la historia: desencadenamiento de guerras civiles y un caudillismo desenfrenado para tomar las riendas del poder; mientras la juventud dorada disfrutaba sin medida los beneficios y no quería ver los problemas, aunque éstos eran tan graves que el mismo Catulo no deja de hacer varios poemas en donde critica, burlándose obscenamente, a César, Mamurra y algún otro jefe militar o personaje político. Para estos jóvenes las *mores maiorum* eran como unas leyendas de carácter nacionalista pintadas para explicar el porqué del poderío romano, pero que no cabían para entender a los hombres que en su momento dirigían el estado ya que no había en ellos ni gravedad, ni sobriedad, ni honestidad, sino al contrario todo aparecía cubierto por una máscara retórica que ocultaba cosas muy diferentes de las que mostraba. En ese sentido hay que valorar la valentía de Catulo al "llamar al pan, pan y al vino, vino" en toda su poesía personal, no la mitológica, ese marcado afán de decir las cosas

² Celio: *cfr.* Cicerón, Pro Caelio.

³ Claudio: De la familia de los Claudios, hermano de Claudia, posiblemente la Lesbia de Catulo.

como son, sin velos ni censuras como si el hombre quisiera aferrarse de esta manera aunque sea a las verdades más sencillas y simples: decir lo que siento en este momento sin tapujos de ninguna especie y decir lo que pienso del otro sin importar si es una grosería o una obscenidad.

De tal suerte podría pensarse que frente a la posibilidad de elegir qué camino va a llevar la vida, se opta por la vía de la creación literaria y se desprecia la vía de la acción política o militar, y así sucede con Catulo y los otros poetas neotéricos. A nosotros llega la obra de Catulo, la de los otros no, y es a través de ella que quizá encontraríamos la única constante que pudiéramos postular con la de los demás, y ésta sería un acercamiento a la poesía griega en la que beberían ejemplos, modelos, ideas, estructuras métricas y referencias poéticas. Para ello van tanto a la lírica arcaica: Safo, Alceo, Anacreonte, etcétera, como a la lírica helenística: Calímaco.

Es ya un lugar común la comparación citada hasta el cansancio entre el "phaynetai moi" de Safo y el "aquél me parece igual a un dios" (poema LI) de Catulo; o aquella otra comparación que habría que desglosar más acuciosamente entre el poema de la cabellera de Berenice de Calímaco y el de Catulo con el mismo tema: "el que reconoció todas las luces del magno mundo" (poema LXVI).

Es en este sentido, el de tomar los poemas griegos líricos, que proponen una variante importante dentro de la carrera de la literatura latina, al abrir ellos, no Horacio, ese magnífico filón de creación poética que jalar y heredan de Grecia. Claro que ellos lo moldean, lo transforman y en el caso de Catulo nos lo entrega con un sabor inconfundible y un apasionamiento personal que lo hacen único. En medio de la literatura occidental forman un nuevo y sólido eslabón en la cadena de la poesía lírica y, aunque por periodos extensos de tiempo Catulo fue perdido, desconocido y olvidado a causa de su choque con el pensamiento cristiano, se reencuentra en el momento del renacimiento temprano⁴ para unir y con su influencia ayudar a otros eslabones de la lírica, como podemos constatarlo con la contemporánea.

Siempre que nos acercamos a los poetas de las llamadas "generaciones malditas" no debemos olvidar a Catulo y aquellos neotéricos, ni aquellos líricos Alceo o Arquíloco en Grecia, que enfrentaron sus respectivos mundos con actitudes y obras de rebeldía, matizando que cada uno puede estar

⁴ El manuscrito de los poemas de Catulo se descubrió en 1225, a fines de la Edad Media, como uno más de los elementos de la antigua cultura latina que empujarían con fuerza ideológica y cultural las estructuras medievales para dar paso a la etapa renacentista (el dato de la fecha está tomado del libro *Humanismo y Renacimiento* de S. Dresden [Biblioteca para el hombre actual, Mc. Graw-Hill Book Company], Madrid, Guadarrama, Madrid, 1968, p. 19).

en campos muy opuestos y contrarios; que dieron la espalda a los convencionalismos y en algunos casos a la hipocresía y el sentir general del resto de los hombres; y, que, finalmente, ofrecieron con sus personas, sus acciones y su literatura una mezcla de gusto y disgusto, de encanto y desencanto que surgió del influjo de la contradicción misma del momento histórico.

Lesbia mi praesente viro mala plurima dicit;
hoec illi fatuo maxima laetitia est.
Mule, nihil sentis. Si nostri oblita taceret,
sana esset; hunc quod gannit et obloquitur,
non solum meminit, sed, quae multo acrior est res,
irata est; hoc est, uritur et coquitur.

Catullus, carmen LXXXIII

Lesbia, en presencia del varón, dice muchas maldades de mí;
esto constituye la máxima alegría para aquel fatuo.
Tonto, nada sabes. Si olvidada de nosotros callara,
sería curada; ahora que grita e insulta,
no sólo recuerda sino cosa mucho más dolorosa,
está enojada, esto es, se quema y atormenta.

Berenice García Lozano

Huc est mens deducta tua, mea Lesbia, culpa,
Atque ita se officio perdidit ipsa suo,
Ut iam nec bene velle queat tibi, si optuma fias,
Nec desistere amare, omnia si facias.

Catullus, carmen LXXV

La mente aquí arrastrada es, por tu culpa, mi Lesbia,
y de tal modo ella misma se destruyó,
que aunque fueras la mejor no podría quererte,
ni renunciar a amarte, aunque cambiases toda.

María del Refugio Pérez Paredes

Caeli, Lesbia nostra, Lesbia illa,
Illa Lesbia, quam Catullus unam
Plus quam se atque suos amavit omnes,

Nunc in quadruviis et angiportis
Glubit magnanimi Remi nepotes.

Catullus, carmen LVIII.

¡Ah Celio! Nuestra Lesbia, aquella Lesbia,
aquella Lesbia —una que amó Catulo
más que a sí mismo y a todos los suyos—
hoy en encrucijadas y callejas,
corrompe la estirpe del magno Remo.

María del Refugio Pérez Paredes

Lesbia mi, praesente viro, mala plurima dicit;
Haec illi fatuo maxima laetitia est.
Mule, nihil sentis. Si nostri oblita taceret,
sana esset; nunc quod gannit et obloquitur,
non solum meminit, sed, quae multo acrior est res,
irata est; hoc est, uritur et coquitur.

Catullus, carmenes LXXXIII

Lesbia, presente el varón, de mí dice maldades;
esto para aquel insensato es gran alegría.
¡Bestia!, nada sabes. Si olvidándonos callara,
estaría cuerda; ahora, ya que gruñe e injuria,
no sólo recuerda, sino lo que es más amargo,
furiosa está, es decir, consumida y quemada.

María del Refugio Pérez Paredes

Lesbia, estando presente el varón,
dice muchas cosas malas de mí;
esto, para ese presumido, es máxima alegría.
¡Mulo, nada sientes! Si callara, olvidada de nosotros,
sana sería; ahora que me insulta y ladra,
no sólo se acuerda, sino que la cosa es mucho más grave,
está enojada; esto es, se quema y se achicharra.

Elami Ortiz Hernán Pupareli

Ahora, a su esposo,
cómo inventa.
Ya soy malo
y el otro cómo ríe.

Lesbia,
qué ventura
el saber creerte,
qué gran uso
de ignorancia tan tremenda.

Muy bien estaría Lesbia,
con el juego de la amnesia
en su mente.
Pues ahora,
más que nunca,
sobrepasa sus memorias;
grita, luego insulta;
ya iracunda,
suelta enojos.
Qué tormenta.

Daniel Mier Elizondo

Vivamus, mea Lesbia, atque amemus,
Rumoresque senum severiorum
Omnes unius stimemus assis.
Soles occidere et redire possunt:
Nobis, cum semel occidit brevis lux,
Nox est perpetua una dormienda.
Da mi basia mille, deinde centum,
Dein mille altera, dein secunda centum,
Dein usque altera mille, deinde centum:
Dein, cum millia multa fecerimus,
Conturbabimus illa, ne sciamus,
Aut ne quis malus invidere possit,
Cum tantum sciat esse basiorum.

Catallus caarmen v

Amémonos, Lesbia mía y vivamos,
y en un centavo todos los rumores
de viejos tan severos valoremos.
Pueden morir y regresar febores.
Nosotros a la noche dormiremos,

cuando la breve luz caiga; albores
entre soles que han muerto y regresado.
Noche eterna que luz tan negra ha dado.

Un millar de besos dame, luego cien,
luego otros mil y otro segundo ciento;
y sin cesar, de mil en mil desde un cien,
hasta que sumado, ciento tras ciento
dieran ya varios miles. Entonces, bien
para no saber cuántos fueron, lento
los turbaremos, no sea la envidia
razón para que alguien haga malicia
para quien fuera malvado algún día.

Daniel Mier Elizondo